

Nuestra sociedad cuenta con dos ámbitos privilegiados del discurso: los medios de comunicación y la escuela. Los primeros distribuyen sus voces abiertamente, sin interesarse por la práctica discursiva de nadie. La segunda trabaja con públicos cautivos, optando por la recepción y la repetición y negando a niños y niñas el ejercicio de su propio discurso. Este texto expone una consecuencia de semejante situación: la mutilación discursiva que genera reducción a fórmulas estereotipadas, palabras vacías de sentido e incapacidad. Tras admitir todo esto, se ofrecen aquí algunas recomendaciones para enriquecer la práctica.

LA ESCUELA Y LOS MEDIOS, ESOS POBRES REPRESENTANTES DEL DISCURSO

Dos instituciones aparecen en nuestras sociedades como ámbitos privilegiados del discurso: los medios de difusión colectiva y la escuela. La primera distribuye sus voces de manera abierta; todos, en nuestros espacios cotidianos, estamos expuestos a ellas; la segunda trabaja con públicos cautivos, sujetos a los bancos de las aulas por mandato de los mayores.

Primera aclaración:

Entiendo el concepto de discurso en el amplio sentido de la expresión, a través de palabras y de imágenes para comunicar y comunicarse en el seno de las relaciones sociales.

Los medios de difusión colectiva se sostienen por la presencia de sus perceptores. Cuando éstos faltan, las inexorables leyes del mercado hacen que aquéllos desaparezcan. De allí se derivan tres consecuencias:

1. Los medios de difusión colectiva forman parte de un mercado.
2. Un mercado sin compradores no llega muy lejos.
3. La mejor manera de atraer compradores es a través del embellecimiento de las mercancías.

Y una más:

4. Como los medios de difusión colectiva producen y distribuyen discurso, éste queda sujeto a todas las reglas de la mercancía, en especial la relativa a la necesidad de *atraer* al comprador.

Basta observar el desarrollo de la televisión para comprobar las cuatro consecuencias: el enriquecimiento de los recursos expresivos ha sido constante, todo puede ser mostrado hoy con imágenes, mostrado o mentido, pero el discurso visual ha alcanzado posibilidades ni siquiera soñadas unas décadas atrás.

La escuela funciona desde otra lógica: si bien existe por la presencia de los estudiantes, éstos acuden a ella por obligación social. Estamos ante una

institución cuya fundamental característica es la de contar con un público asegurado de antemano. Una familia podrá dejar de comprar un diario o una revista, pero intentará siempre enviar a los niños a las aulas. Y lo hará por obligación social (las leyes, el Estado, así lo mandan) y por convencimiento (la necesidad de una instrucción elemental, de un título para sobrevivir en estos tiempos). Doble reaseguro, entonces.

No se me escapan de ninguna manera *estos tiempos*: el empobrecimiento de nuestra sociedad saca a la calle a miles de niños. Pero la escuela se mantiene, porque obligación y convencimiento le dan sentido.

Con públicos cautivos, asegurados desde siempre, uno, lo sepa o no, trabaja de manera diferente. Libre de la presión del mercado, el discurso educativo avanza con cierta pereza, cuando avanza. El mercado, es sabido, no tiene memoria. Las formas nuevas se suceden y para imponerlas es necesario el olvido de las anteriores. La escuela se mueve en una densa memoria discursiva, el peso de los viejos textos, de las viejas maneras de expresarse, llega a menudo a asfixiar cualquier intento de cambio.

Ello provoca la persistencia de rutinas expresivas y temáticas. Como nadie salta por encima de su historia ni de su sombra, la escuela habla, y hace hablar, a través de un discurso empobrecido, sea por la poca variedad de sus recursos, sea por los viejos asuntos reiterados al infinito.

Los medios de difusión colectiva hablan con nadie. Reitero: con nadie. Hablan para la gente pero no con la gente. Gigantesco monólogo éste. La voz resuena sola en todos los rincones del planeta. Nadie, o casi nadie, responde. Y a nadie le interesa la respuesta, al menos la discursiva. Oleadas de palabras e imágenes se mueven por el océano social, y nadie responde. Hay transmisión, difusión, pero falta la interlocución, ese hacerse llegar la palabra entre dos o más seres.

Cuando la fuente emisora determina el contenido y la forma del discurso, cuando habla con nadie, el interlocutor está ausente, porque su locución, su palabra, no cuentan. Y ello a pesar de la multiplicación de ofertas discursivas, a pesar de miles de publicaciones, del cable, de la saturación del espectro radial. Mejor dicho: y ello debido precisamente a esa multiplicación. La profusión de mercancías asegura una cierta variedad de ofertas, pero no una ruptura de la lógica del mercado: yo te vendo, tú me compras; yo te fascino para que me compres.

Los medios de difusión colectiva enriquecen su discurso pero sin la intención de enriquecer el de sus destinatarios. Estos son objeto de discurso y no sujetos del mismo. Una cosa es la fascinación ante un maravilloso artificio discursivo y otra, muy otra, la capacidad de crear el propio discurso.

La escuela, en apariencia, rompe con ese monólogo. Día a día, año a año, los niños la pueblan, se encuentran cara a cara, interactúan con los maestros. Nadie puede negarlo: la escuela se apoya en la interlocución. Y, sin embargo, ésta es por demás especial. La escuela habla con los niños, pero con la pretensión de

que hablen como ella. El discurso educativo tiene aspiraciones de totalidad: te dejo hablar siempre que repitas mis palabras. Y no sólo mis palabras: mis modos de construir el discurso, mis temas, mis estereotipos (que son muchos), mis viejas rutinas. La escuela aplaude a quien mejor la repite.

¿Cómo llamar a un interlocutor obligado (sutil o abiertamente) a devolver palabras, a reiterar voces ajenas? Estamos ante una presencia formal y, en el fondo, ante una ausencia. La escuela vuelve ausente a un interlocutor presente. Y lo hace porque repetir discurso no es crearlo.

Los medios de difusión colectiva argumentan, como justificación de su existencia, la necesidad del hombre de informarse y de entretenerse. Los viejos sueños de la aldea global han vuelto a brotar en nuestros días: vamos hacia el paraíso de la simultaneidad, de la intercomunicación, del goce al alcance de la mano, goce con la imagen y la palabra, con el discurso, en definitiva.

Desde las apelaciones al cuarto poder y a la objetividad, hasta las minuciosas descripciones del paraíso electrónico, (véanse, a modo de ejemplo, los libros de Alvin Toffler) los argumentos han sido siempre los mismos: estamos al servicio de necesidades básicas del hombre, no hacemos más que poner a su alcance la materia de sus anhelos.

Nadie discute esas necesidades. La pregunta es si ellas agotan toda necesidad humana en lo que a práctica discursiva se refiere; si, además de recibir información y de fascinarse, la condición humana no da para algo más.

La escuela argumenta, como justificación de su existencia, la necesidad de los niños de incorporarse a la cultura, de heredar el conocimiento atesorado por la sociedad, de prepararse para la vida. Desde las proclamas del siglo XIX en torno de la alfabetización universal, hasta las promesas de una escuela también electrónica, pasando por todo tipo de usos sociales de la niñez, tan en boga siempre en nuestros países, los motivos básicos han sido siempre los mismos: estamos al servicio del niño, de su desarrollo, de su integración armónica a la sociedad.

Nadie discute tales argumentos, pero, en lo que a discurso se refiere, la escuela confunde desarrollo con cantidad de información, integración con reiteración de viejas fórmulas, preparación para la vida con repetición del discurso ajeno.

Y no queda en semejante tarea mucho lugar para el goce, para la fascinación. El discurso de la escuela es adusto, salvo un poco de juego en el jardín de infantes, el resto tiene la seriedad del caso.

La pregunta es si la condición humana, la condición, infantil, no dan para más en lo que a práctica discursiva se refiere.

A los medios de difusión colectiva les encanta mostrarse ante la sociedad como educadores: el ciudadano aprende en contacto con la prensa, la televisión ofrece

mensajes culturales (pone a niños y jóvenes a acertar fechas y nombres, por ejemplo), la radio acompaña el desarrollo...

Pero, de la misma manera, uno se educa cuando habla con un amigo o cuando observa su contexto. Los medios de difusión colectiva ofrecen ciertos elementos educativos de manera asistemática, porque no nacieron para educar.

La escuela se presenta ante la sociedad como la gran depositaria de la educación. Nadie puede competir con ella. En la década del 70 se lanzó un sistema de televisión educativa en El Salvador, con el apoyo de los grandes teóricos y prácticos de la comunicación. Los maestros hicieron una huelga y consiguieron que todo quedara en sus manos. Entonces se llevaron el aula a la pantalla y la programación pasó a denominarse "tele-aula". Comenzaron a dar clases por televisión, en una contradicción total con las características discursivas de ese medio.

La escuela trabaja el discurso educativo de manera sistemática, pero lo hace sin tomar en cuenta las posibilidades propias de otros espacios discursivos, de otros medios. Todo lo que toca lo vuelve adusto, lo somete a viejas rutinas temáticas y formales.

Hagamos un alto en el camino. Los medios de difusión colectiva y la escuela aparecen en nuestras sociedades como ámbitos privilegiados de discurso, pero ni unos ni otra agotan las posibilidades de esa práctica.

Segunda aclaración:

A través de las anteriores reflexiones pretendo sólo mostrar tendencias; reconozco la existencia de medios de difusión colectiva distintos, lanzados a un trabajo discursivo alternativo, y reconozco experiencias escolares riquísimas, ya sea en el reducido espacio del aula, a contrapelo de todo el sistema, o en algunos intentos más amplios. Pero tendencias son tendencias, y no es nada sencillo taparlas con un dedo.

La mutilación discursiva

Cuando a un niño se le niegan las posibilidades de práctica discursiva, cuando se lo reduce a la fascinación y a la repetición, asistimos a una verdadera mutilación. Extraña categoría ésta: mutilación discursiva. Mutilación, entonces, de la *capacidad de expresión a través de palabras y de imágenes para comunicar y comunicarse en el seno de las relaciones sociales*, según habíamos definido antes el discurso.

¿Adónde lleva esa mutilación? Reconozco, por lo menos cuatro consecuencias: el deslenguamiento, la reducción a fórmulas estereotipadas, la palabra vacía de sentido, la incapacidad de estructurar el discurso.

El *deslenguamiento* preocupaba ya a don Simón Rodríguez, hacia 1828:

"...los jóvenes que han de reemplazar a los padres de hoy, deben pensar y escribir mejor que sus abuelos, si quieren que en América haya patria y lengua" (*Luces y virtudes sociales*, en *Obras Completas*, Universidad Simón Rodríguez, Caracas, 1975, vol. II, p.87).

El deslenguamiento consiste en un estrechamiento de las posibilidades de ese maravilloso instrumento de expresión, sea a través de las imágenes o de las palabras.

La *reducción a fórmulas estereotipadas* consiste en la aceptación de expresiones trilladas, aplicables a cualquier situación; en el hecho de ser hablado a través de ellas. Tales fórmulas abarcan desde un vocablo hasta discursos enteros, conformados por imágenes o por palabras. El aplauso a los lugares comunes constituye un buen ejemplo de esto.

La *palabra vacía de sentido* preocupaba también a don Simón:

"Los sonidos (supongamos) que para el maestro son palabras, porque significan, para el discípulo no pasan de ser simples sonidos... y si sobre signos sin significados se le dan, por significados, otros signos, ¿cómo le quedará la cabeza?" (Obra citada, p. 139).

El vaciamiento va todavía más allá: la incapacidad de apropiarse de las posibilidades del discurso tanto en sí mismo (el significado, el goce con la expresión) como en su calidad de instrumento de comunicación.

La incapacidad de estructurar el discurso me asusta cada vez más. Hay un ordenamiento mínimo de la expresión que te permite seguir una idea, relatar una experiencia, avanzar coordinando y subordinando, yuxtaponiendo, retomando el hilo central para exponerlo desde un horizonte más profundo de comprensión...

He encontrado algunas dificultades de estructuración en niños, en jóvenes estudiantes, en docentes, en periodistas y hasta en libros escritos con pretensiones científicas o pedagógicas. Si digo *algunas* es porque cualquier generalización resultaría aquí peligrosa. Pero lo cierto es que cuando no puedes seguir el hilo de tu discurso te estrellas contra él, como contra algo compacto, oscuro. El discurso, transparente por sus ricas posibilidades, se vuelve opaco, se adensa y termina por dejarte en el plano de los balbuceos.

La incapacidad de estructurar constituye el grado máximo de mutilación discursiva.

Tercera aclaración:

No es mi interés señalar a nadie como causa de la mutilación discursiva. Su existencia se explica por múltiples factores, entre los que no podemos descartar las relaciones familiares, la situación social de los niños, las oportunidades de desarrollo discursivo a lo largo de los primeros años de vida. Lo cierto es que la escuela y los medios, en sus tendencias generales, no facilitan ese desarrollo.

La capacidad discursiva

La capacidad discursiva ha sido una conquista de la humanidad. Como a nadie se la regalan graciosamente, constituye también una conquista de cada individuo. A veces la tarea se facilita por las relaciones familiares: quien crece en un espacio de diálogo y de estímulos discursivos tiene al menos una predisposición, una base mínima para construir a partir de ella.

Entiendo por capacidad discursiva el moverse con soltura, con fluidez, dentro de la riqueza expresiva de cualquier tipo de discurso. Cuando uno se apropia de esa riqueza logra:

- ⇒ *Seguridad en la comunicación.* Hay muchos motivos para la inseguridad en la relación con los otros, pero uno de ellos es sin duda el de la incapacidad discursiva. Alguien habituado a expresarse, por la práctica del instrumento, por relaciones ricas en intercambios, en diálogo, no se estrella contra las palabras, no se detiene a cada tramo para buscar el vocablo perdido. El discurso fluye sobre bases firmes, y no al acaso.
- ⇒ *Construcción sólida.* La desestructuración, veíamos recién, constituye el grado máximo de mutilación discursiva. Un discurso bien construido permite ordenar la expresión, seguir una idea, mantener el sentido a lo largo de distintos párrafos o imágenes.
- ⇒ *Narratividad.* Entiendo este término como la capacidad de hacer atractivo y fluido un discurso. Los medios de difusión colectiva la han privilegiado hasta los más mínimos detalles. En la escuela depende casi siempre del maestro, no suele ser una preocupación institucional.
- ⇒ *Goce con las palabras y las imágenes.* Con Francisco Gutiérrez nos hemos referido a una educación para el goce (*La mediación pedagógica, apuntes para una educación a distancia alternativa*, RNTC, Universidad de San Carlos y Universidad Landívar, Ciudad de Guatemala, en prensa). En el plano del discurso el goce consiste en la posibilidad de jugar con las palabras, de seguir, crear y recrear relatos, de pasar de un registro verbal o visual a otro, de reconocer

las sutilezas del código, de dialogar, de avanzar con los demás en la interlocución.

- ⇒ *Designación de los detalles de su contexto.* El deslenguamiento se manifiesta en la incapacidad de nombrar, de designar los mil y un detalles de nuestro contexto. Se ha discutido mucho acerca de la cantidad de vocablos que utiliza una persona en sus diarias relaciones. No nos interesa aquí ningún juicio de valor sobre el mayor o menor número, pero es indudable que un registro más amplio de términos facilita el reconocimiento y la relación con los demás.
- ⇒ *Pintura de personajes y situaciones, pintura de la propia existencia.* "Se puede pintar sin hablar, pero no hablar sin pintar", afirma don Simón Rodríguez (obra citada, p. 87). Un discurso pobre en matices, carente de intensidades, de giros, queda reducido al mínimo de sus posibilidades.

Una cierta literatura, una cierta manera de orientar la educación, una determinada forma de presentar el trabajo en los medios de difusión colectiva, nos han hecho creer, a lo largo de décadas, que esos seis puntos son privilegio de unos pocos elegidos: quienes nacieron para "escritores", "poetas", "comunicadores", "artistas"...

Falso. La capacidad discursiva no está negada a nadie de antemano. Si se la niega, si se la reduce a sombra, nada, es porque nos empeñamos en aceptar diferencias en uno de los campos de humanización más maravillosos.

El camino del aprendizaje discursivo está abierto a cada ser. A la inmensa mayoría de nosotros se nos ha negado de manera tajante el del discurso por imágenes y por la música. Lo afirmo sin ningún riesgo de error. Nuestras sociedades consideran esas posibilidades expresivas como algo secundario frente a la primacía de la palabra. Pero aun con ésta el aprendizaje se reduce a la recepción y la repetición de información, como hemos visto antes.

Los medios y la escuela

Hace unos años escribí un artículo sobre los medios y la escuela bajo el título *Las pobres relaciones*. Hoy insistiría sin titubeos en esa expresión. En poco más de 15 años las cosas no han cambiado mucho, por el contrario, las distancias se han ampliado.

Pero, ¿en qué consisten estas últimas? Uno de los argumentos predilectos durante las décadas del 60 y del 70 fue el de la necesidad de incorporar medios a la enseñanza. Se decía tal cual: "medios a la enseñanza". La consigna tuvo éxito: las transnacionales dedicadas a la venta de tecnologías hicieron un negocio

redondo (uno de tantos) con los países del Tercer Mundo. La escuela no mejoró mucho con esa compra masiva de toda suerte de aparatos, simple y sencillamente porque no es con medios de enseñanza como se soluciona el drama de la mutilación discursiva. No se trata de fortalecer un esquema clásico de enseñanza, sino de abrir caminos al aprendizaje.

Tampoco aportan gran cosa los clubes de periodismo infantil o los intentos de conseguir el apadrinamiento de alguna empresa para la escuela más pobre o más alejada de la capital. Las reglas siguen inmutables: los pequeños periodistas son seleccionados entre quienes "escriben bien" y se reproduce en el pequeño espacio del aula lo que sucede en la sociedad en general: unos pocos informan para muchos, el periódico se llena de las rutinas temáticas y formales del sistema educativo e incluso algunos maestros terminan por redactar páginas enteras.

Y no resulta una solución el envío de diarios para que los niños se acostumbren a ellos y se los analice con los maestros, porque nadie nos asegura de antemano esa capacidad de análisis (que no rechazo ni desprecio de ninguna manera) y porque el hecho de acostumbrarse no significa un paso decisivo en el enriquecimiento del propio discurso.

Los medios de difusión colectiva no están interesados en la práctica discursiva de los niños porque no están interesados en la práctica discursiva de nadie. Su función es otra, como hemos visto.

La escuela no está interesada en la práctica discursiva de los niños porque reduce ésta a la recepción y devolución de información.

Las pobres relaciones se empobrecen aun más por el modo en que cada una de esas instituciones percibe lo discursivo.

¿Qué hacer, entonces?

De la práctica al análisis

La capacidad discursiva no se consigue por el mero hecho de recibir mensajes ni por la repetición de información. La capacidad se desarrolla en primer lugar a través de la producción discursiva. Quien no se expresa a diario mal puede aspirar a una riqueza expresiva. El aprendizaje consiste en un proceso acumulativo, nada se logra con una esporádica redacción o con un concurso de declamación, según se estila todavía en algunos países. El repetir información sin sentido, el copiar lo ya redicho en viejos libros, se vuelve una tortura capaz de matar el gusto por el discurso.

Lo primero, entonces, es *pasar de las rutinas discursivas a la producción discursiva, entendida como una práctica constante de los ricos recursos verbales y visuales al alcance de los niños según sus etapas de desarrollo.*

Y producción, insisto, cotidiana, diaria.

En esto los medios de difusión colectiva le llevan la delantera a la escuela. Sus redactores, sus diseñadores de imágenes, elaboran día a día mensaje tras mensaje. Lección número uno de los medios: la práctica constante.

Pero en educación no nos interesa cualquier práctica expresiva. Como la escuela no es, ni será, espero, un mercado, el trabajo discursivo se orientará a la construcción de conocimientos, a la investigación, a la recuperación de la memoria cultural, al ejercicio del derecho a la imaginación, al diálogo, al interaprendizaje, que consiste en aprender con los demás, como lo pedía don Simón Rodríguez.

La riqueza de recursos expresivos de los medios de difusión colectiva puede ser puesta al servicio de la escuela, siempre que ellos sean reorientados hacia propósitos educativos. No se trata de fascinar para vender o convencer, ni siquiera de informar por informar; lo que está en juego es la formación de un niño y ella se logra a partir de una intencionalidad diferente. La educación no es igual a la difusión colectiva, es algo mucho más serio, si de desarrollo de un ser se habla.

Entonces, como lo pide Francisco Gutiérrez en *El lenguaje total*, la elaboración de un audiovisual, con todos los requerimientos que podría exigir un profesional de la comunicación, se vuelve en la escuela un acto educativo, en la medida en que involucra a un grupo de niños, permite el intercambio de ideas, lleva a investigar y a involucrarse en el propio contexto, fomenta el trabajo en equipo...

Poner en práctica el lenguaje de los medios no es incorporar sin más a la escuela el modelo vigente de los mismos. Se trata de prácticas discursivas, de recursos verbales y visuales enriquecidos, y no de impactos destinados a vender o a persuadir.

Lo segundo: *utilizar la riqueza expresiva de los medios de difusión colectiva, pero siempre desde una intencionalidad educativa, entendida como el ofrecimiento de alternativas para las prácticas de aprendizaje.*

Los medios, nadie lo discute, son parte de la vida cotidiana, forman una suerte de clima cultural de nuestros niños y jóvenes, de todos nosotros en realidad. Es posible que un comercio sostenido con la pantalla de televisión haya aguzado algunas formas de percepción entre los pequeños. Nosotros, los mayores, hijos del papel impreso, no hemos sido adiestrados por tanta imagen. Es posible también que un comercio sostenido con los diarios y revistas permita a los chicos situarse un tanto en los sucesos de esta época, tan llena de cambios y sorpresas.

No es el caso rechazar tales posibilidades, pero ellas no son suficientes. El discurso de los medios ofrece un precioso material para el análisis de lo dicho y lo no dicho; de lo llevado a primera plana y de lo desfigurado; de los primeros y segundos mensajes; de los recursos de fascinación a través de la imagen y de la

música; de las maneras en que son percibidas por determinados grupos las diferencias sociales, los conflictos; de las marchas y contramarchas de la política. Material analizable en sí mismo, como estrategia discursiva, y en su relación con la realidad que dice representar.

El aprendizaje del discurso incluye la capacidad de gozarlo y de leerlo en todos sus detalles. Un goce como encuentro entre iguales, y no como víctima pasiva de un fascinador; un goce a partir del conocimiento de las sutilezas del código, del reconocimiento de la capacidad perceptual desarrollada como para aceptar y rechazar, para decidir entre distintos tipos de estímulo verbal o visual. Y una capacidad de lectura para reconocer textos y contextos, para ir más allá del barniz de los primeros mensajes a fin de llegar a las intenciones fundamentales, a los móviles de tanta oferta discursiva.

Lo tercero: *utilizar la oferta de los medios de difusión colectiva como un riquísimo material para la práctica educativa, tanto en lo que a goce perceptual como a análisis crítico se refiere.*

Ni la escuela ni los medios son suficientes para lograr todas las posibilidades del discurso. Es a aquélla a la que le toca cambiar su percepción de los recursos de comunicación y en esa tarea los medios pueden ser útiles no como modelo para seguir sino como ámbito discursivo para percibir y analizar.

Recomendaciones para la práctica

"Enseñarla (a la infancia) a pronunciar, a articular, a fijar la significación de los términos, a dar a las frases el énfasis que pide el pensamiento; expresar, con propiedad, las ideas, notando la cantidad y el tono que deben distinguirlas; porque, tan necesaria es la cantidad de la sílaba para que sea palabra, como el tono en la palabra, para que la locución exprese el sentimiento."

El texto pertenece también a don Simón Rodríguez, y ha sido tomado de su texto *Consejos de amigo dados al colegio de Latacunga (Obras Completas, vol. II, pp. 26, 27)*. Los verbos utilizados por el ilustre pensador caraqueño son por demás claros: pronunciar, articular, fijar la significación, expresar... Todos giran en torno del trabajo sobre y con el discurso.

En *La mediación pedagógica* propusimos con Francisco Gutiérrez algunas alternativas para ese trabajo, que incluyo aquí solo a manera de ejemplo:

Ejercicios de expresión

- Redacción de informes.
- Redacción de pequeñas ponencias.
- Elaboración de relatos relacionados con el tema.

- Redacción de un texto sobre la base de anécdotas vividas directamente o conocidas.
- Prácticas de análisis y de síntesis: dado un enunciado fundamental del tema escribir un mínimo de 25 líneas; dado un texto de 40 líneas, reducirlo a cinco, con la condición de que en éstas se exprese lo fundamental.
- Pintura de ambientes, personajes, situaciones, según un determinado ángulo de mira del tema.
- Transposición temporal: dado un tema, expresarlo tal como se lo vivía 30 años atrás y/o como se lo vivirá en 10 años.
- Práctica de ampliación de una pregunta en 10 ó más preguntas sobre el mismo tema.
- Prácticas por imágenes: collage, dibujos, fotografías, recortes de periódicos, gráficas.
- Expresión de un tema a través de los diferentes medios propios de la vida diaria: retazos, hojas de árboles, botellas, vidrios, maderas, etc.
- Expresión oral: diálogos, grabaciones.

Ejercicios de resignificación y recreación

- Prácticas de resemantización: comprobar si algunos conceptos tratados han sufrido resemantizaciones en diferentes momentos históricos o políticos, distintas situaciones sociales, etc.
- Dada una situación determinada, resemantizar un término de acuerdo con las características de esa situación.
- Dado un concepto propuesto en un texto, comparar su significación en otros textos.
- Dado un tema confrontar su interpretación por diferentes profesionales.
- Dada una imagen, reelaborarla según la percepción propia o la de otros posibles interlocutores.
- Dada una imagen, qué le sugiere la misma.

Ejercicios de análisis:

- De elementos básicos: reconocimiento de primeros y segundos mensajes, identificación de lo dicho y lo no dicho, caracterización de las predicaciones dedicadas a personas, ambientes y situaciones.
- De características de los enunciados: reconocimiento de recursos de calificación, de verbos de obligación, de sistemas de enfatización, de figuras del lenguaje y su uso con determinada intención.
- De elementos ideológicos: reconocimiento de propuestas de percepción de determinadas situaciones, de propuestas de actores sociales, de propuestas de solución de problemas.

→ De estructura del discurso: estrategias de inicio, desarrollo y cierre; tratamiento lineal o recurrente de un tema; sistemas de redundancia y de seguimiento de un motivo.

Como puede apreciarse, pretendemos unir siempre la producción con el análisis; en muchas ocasiones ésta ha sido privilegiada sobre aquél y ello ha llevado a una cierta capacidad reflexiva con pies de barro, esto es, carente de la práctica en la expresión misma.

Son, insisto, sólo algunos ejemplos. La materia discursiva es riquísima y cada quien puede abordarla desde su experiencia y desde su capacidad de imaginar. Las propuestas presentadas pueden aplicarse a mensajes de los medios de difusión colectiva, pero también a los literarios, a los de la vida cotidiana. No son los medios, ni tampoco la escuela, los únicos productores y distribuidores de discurso.

Y una última, fundamental recomendación: el trabajo discursivo se enriquece con la participación de más de una persona. Una vieja tradición nos ha enseñado a pensar en el autor solitario, en el genio aislado. Pero el discurso, instrumento privilegiado de la comunicación, ha sido siempre un producto social enriquecido por generaciones de seres. La experiencia de más de quince años en distintos países de América Latina nos ha mostrado el valor de los grupos, de los equipos dedicados a analizar y crear discurso.

La pasión por el discurso

Cualquier intento de superar las rutinas temáticas y formales del discurso educativo pasa por la capacidad de entusiasmarse, de apasionarse.

Llamo pasión por el discurso a la capacidad de emocionarse ante sus formas, de sentir la fuerza del lenguaje, de crear y recrear imágenes, de reír con las palabras, de proyectar universos posibles e imposibles, de estallar en una metáfora imprevista, de encontrarse, reconocerse en una expresión; de utilizar todas las posibilidades del discurso para hablar de nuestra realidad y de nosotros mismos. Todo proceso educativo que excluye esa pasión tiende a la entropía, al tedio, a la falta de creatividad.

La pasión no se transmite a través de alguna conferencia o de un cursito. Podemos predicar un siglo entero sobre la importancia del discurso, pero a quienes están fuera de la pasión no se les moverá un pelo.

Tales afirmaciones cierran aparentemente todo camino a alguna solución. ¿Cómo hacer para despertar el entusiasmo en seres condenados por la institución a las rutinas discursivas?

Reconozcamos en primer lugar que ninguna institución es un todo homogéneo, sin fisura alguna en su interior. Reconozcamos la existencia de maestros que, por una opción personal, hacen del aula un espacio de encuentro en el cual las prácticas discursivas juegan un papel valiosísimo. Reconozcamos que a menudo las instituciones educativas buscan fuera de ellas lo que ya tienen, como en el cuento del pájaro azul.

Una institución que no indaga en sí misma, que no recupera los aportes de sus integrantes, está condenada a empezar siempre de nuevo. La pasión por el discurso ha existido y existirá siempre, a pesar del peso de las tradiciones, a pesar de la falta de oportunidades a la expresión y la comunicación.

Pregunta decisiva, entonces:

¿Cuáles son las prácticas reales de los maestros en el terreno del trabajo y la producción discursivos?

La recuperación de las experiencias positivas, la evaluación de las marcadas por las rutinas, permitirán contar con un enorme respaldo para saber cómo actuar ante los medios, cómo utilizarlos. Las propuestas, las soluciones, serán generadas desde la institución y no a partir de alguna teoría o de alguna metodología, por serias y bien intencionadas que sean.

La pasión por el discurso, la comprensión de sus posibilidades, no se transmiten ni se imponen tan fácilmente. La materia básica son los docentes mismos, la identificación y difusión de experiencias valiosas (por humildes y excepcionales que sean), abren el camino a un principio clave:

Los maestros pueden educar a maestros, entusiasmar a maestros, a partir de su propio entusiasmo.

Y esas experiencias incluyen, por supuesto, a los niños, porque, en definitiva, son ellos los interlocutores ausentes, son ellos quienes tienen el derecho a la expresión, a la capacidad discursiva.

No descalificamos algunos aportes teórico-metodológicos que podrían acompañar la práctica, pero los mismos estarán siempre al servicio de ésta, no intentarán de ninguna manera partir de la nada. Podemos prever recursos para facilitar la lectura de textos, para penetrar en los primeros y segundos mensajes, para observar más cuidadosamente los medios, para abrir alternativas a la producción discursiva. Y podemos preverlos para distintas materias, porque el trabajo discursivo va mucho más allá de las tradicionales enseñanzas del idioma.

No soñemos con cambios rápidos. La sociedad, las instituciones, llevan demasiado tiempo empecinadas en una ausencia de interlocución. Se trata de comenzar a recuperar a tanto interlocutor ausente. Tarea nada sencilla, pero no imposible. Tal vez tenemos mucho más de lo que creemos, tal vez entre nosotros

están las experiencias, los conceptos, los métodos necesarios para cambiar las maneras de trabajar y de recibir discurso.

Daniel Prieto Castillo
San José de Costa Rica, Julio de 1991